



LO DIVINO Y LO HUMANO

Al establecer la Logosofía sus principios, siempre lo ha hecho sobre la base de su aplicación universal. Los funda, pues, en la expansión del pensamiento reproducido en sus diversas tonalidades, del mismo modo que en la Creación se repiten los procesos en sus múltiples y variadas manifestaciones, identificándose en el pleroma universal substanciado en la Naturaleza que caracteriza todo lo creado.

Cuando se menciona la palabra “divino”, se lo hace generalmente acondicionando el término a cierto aspecto de sublimidad religiosa. No se concibe que lo divino tenga algo que ver con lo humano, y así se ha llegado a desconectar a ambos, como si fueran géneros opuestos imposibles de conciliar.

El hombre ubica lo divino en los planos de la más alta excelsitud, y él permanece, en tanto, en las profundas oscuridades de una voluntaria reclusión moral. Eso sería admisible si no tuviera espíritu y si en su mente no se reflejasen más de una vez, los signos inequívocos de una superioridad

que colinda con las regiones donde se supone que solamente existe lo divino. Admitir que lo divino está más allá de todas las posibilidades humanas y que, por consiguiente, es inalcanzable, sería negar a las grandes almas sus excelsas capacidades y jerarquías.

Veamos, pues, analizando a fondo, en que se diferencian estas dos naturalezas antagónicas y en apariencia irreconciliables.

Mientras la humana es corruptible, defectuosa y transitoria, la divina es incorruptible, perfecta y eterna. Lo humano contiene todos los errores de la especie, errores que ha ido acumulando desde los albores del mundo y desde que el ser humano, como tal, consideró su especie superior a las demás. De modo, pues, que lo humano vendría a ser corruptible a consecuencia del abandono espiritual y del desaseo mental que durante tantos siglos sumió al hombre en la ignorancia y el desenfreno terrenal. Por lo mismo que el ser ha resistido durante tanto tiempo las exigencias de la perfectibilidad, lo humano es defectuoso y transitorio como

NO SE CONCIBE QUE LO DIVINO TENGA ALGO QUE VER CON LO HUMANO, Y ASÍ SE HA LLEGADO A DESCONECTAR A AMBOS, COMO SI FUERAN GÉNEROS OPUESTOS IMPOSIBLES DE CONCILIAR.

resultado de su variabilidad. ¿No vemos, acaso, al hombre, desde que comienza hasta que termina sus días, contraviniendo perennemente el principio estable y eterno? ¿No le vemos cambiar sus resoluciones minuto tras minuto y llevar su vida de un lado a otro, según sean los pensamientos dominantes en su mente? ¿No le vemos variar mil veces de juicio y tronchar acertadas determinaciones por la volubilidad de su carácter? ¿No le vemos falsear aún lo más íntimo y respetable, de acuerdo a sus reacciones, felices o regresivas? ¿Cómo, pues, no habría de cambiar el conjunto humano que caracteriza al ser, tanto más cuando abusa del mismo sin la menor idea de su función primordial?

Lo divino, en cambio, que es siempre incorruptible aun cuando se manifieste en lo humano, tiende a elevar al ser y saturar la naturaleza inferior en su propia esencia. Así, cuando éste se supera y por la potencia de su evolución alcanza a beneficiarse con el influjo purificador emanado de la naturaleza divina con la cual el alma toma contacto, siente y presiente a la vez que vive en un plano superior de conciencia, y que los hechos y las circunstancias cambian mientras otros hechos y circunstancias ocupan el lugar de las primeras, sin que deban producirse las confusiones comunes a la incompreensión.

En el mecanismo mental dotado de excelentes facultades, en el corazón que sustenta los afectos y en el alma sensible que traduce las impresiones que el ser experimenta, reside el poder de opción entre las dos naturalezas.

ADMITIR QUE LO DIVINO ESTÁ MÁS ALLÁ DE TODAS LAS POSIBILIDADES HUMANAS Y QUE, POR CONSIGUIENTE, ES INALCANZABLE, SERÍA NEGAR A LAS GRANDES ALMAS SUS EXCELSAS CAPACIDADES Y JERARQUÍAS.

Si miramos, por ejemplo, a través de un cristal ahumado las más brillantes estrellas del firmamento, éstas nos parecerán opacas y aun llenas de sombras. De igual modo ocurrirá si miramos con el mismo cristal las más hermosas flores: nos parecerán mustias, sin gracia y sin vida. Evidentemente, esto no es la realidad, y en nada han de afectarse las estrellas ni las flores por el hecho de que cada uno las mire como quiera mirarlas. Las cosas y los hechos son muchas veces, en su interpretación, el producto de un falso miraje con el flexible cristal del prejuicio, y no lo que realmente son.

No deja de ser de naturaleza divina todo cuanto se halla en el plano sideral, aun cuando de ello se eche mano para tejer discursos, componer poesías o utilizarlo en los diarios manoseos de la dialéctica vulgar, como tampoco pierden su carácter divino todas las formas del pensamiento que sustentan la vida superior, vale decir, la vida que se nutre en el conocimiento de las altas verdades, aunque a éstas no se las entienda ni a aquéllas se las conozca.

Lo divino enlaza lo humano en una continua corriente de bien que le permite superarse en un esfuerzo de constante perfeccionamiento. En el hombre está no traicionar su propio juicio, y dejar que la mente y el corazón vean y sientan las cosas y los hechos en su justa realidad. ■



No hay hazaña ni virtud que pueda sernos accesible, y menos aún, comprensible, en un ente "divino" que pretende poner ante nuestros ojos atónitos sus aptitudes para el milagro, pero sí la hay en cualquier ser humano que, siendo como todos los demás, nos muestra con su saber y con su ejemplo una parte siquiera de las grandes prerrogativas que sus semejantes pueden alcanzar en el camino de la evolución.

(Del libro *EL SEÑOR DE SÁNDARA*)